

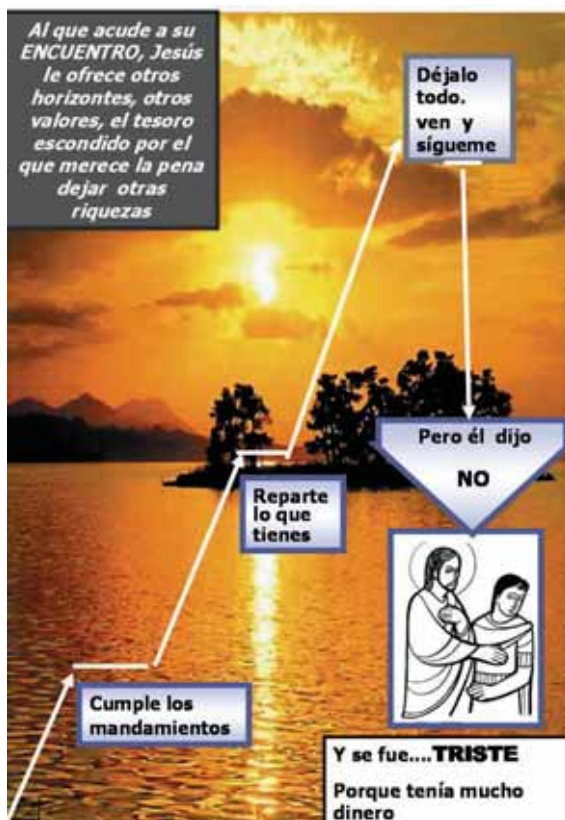
Domingo 28º

Tiempo ordinario



Se ponía ya en camino cuando uno corrió a su encuentro y arrodillándose ante él, le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?» Jesús le dijo: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios. Ya sabes los mandamientos: No mates, no cometas adulterio, no robes, no levantes falso testimonio, no seas injusto, honra a tu padre y a tu madre.» El, entonces, le dijo: «Maestro, todo eso lo he guardado desde mi juventud.» Jesús, fijando en él

su mirada, le amó y le dijo: «Una cosa te falta: anda, cuanto tienes véndelo y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme.» Pero él, abatido por estas palabras, se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes. Jesús, mirando a su alrededor, dice a sus discípulos: «¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios!» Los discípulos quedaron sorprendidos al oírle estas palabras. Mas Jesús, tomando de nuevo la palabra, les dijo: «¡Hijos, qué difícil es entrar en el Reino de Dios! Es más fácil que un camello pase por el ojo de la aguja, que el que un rico entre en el Reino de Dios.» Pero ellos se asombraban aún más y se decían unos a otros: «Y ¿quién se podrá salvar?» Jesús, mirándolos fijamente, dice: «Para los hombres, imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios.» Pedro se puso a decirle: «Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido.» Jesús dijo: «Yo os aseguro: nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno: ahora al presente, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y hacienda, con persecuciones; y en el mundo venidero, vida eterna. » (Mc 10, 17-30)





Las palabras de Jesús nos describen el verdadero tesoro que desafía a la muerte: «No amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban. Amontonad más bien tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón». (Mateo 6, 19-21)

Juan Pablo II

El viejo Cineas, convencido de la inutilidad de tanto ajeteo por la codicia, conversaba un día con Pirro, muchacho de grandes proyectos. Primero conquistaré Grecia ", dijo Pirro. Cineas preguntó: ¿Y después?". "Después conquistaré Asia Menor". "¿Y después?". "Después Arabia", ¿Y después?". "Después descansar".. .. "Y ¿por que no descansar ya, ahora mismo?".

J. M. Cabodevilla: *La sopa con tenedor*

Más que avaricia el joven tenía... una cierta prudencia cautelosa, ese instinto práctico frecuente en grandes propietarios honestos. Su razón calculadora le impidió aventurarse, le protegió contra cualquier solución precipitada. Lo justo, lo razonable, lo discreto, constituía su orbe habitual.... Su amor ignoraba las decisiones absolutas. Nos imaginamos su tristeza cuando, ya en casa, tuvo ante los ojos su dilatada heredad.... Se negó a seguir a Jesús *porque* poseía muchos bienes; el hijo pródigo, en cambio, regresó a los brazos de su padre cuando se vio sumido en la miseria...

J .M. Cabodevilla: *Cristo vivo*

El rico no se pertenece, sino que pertenece, como una cosa animada, a las cosas inanimadas. El dinero, su dueño despiadado, no consiente otros amos. Dado por entero al cuidado de sus riquezas, a los goces que le ofrecen los pedazos de materia que se llaman riquezas, no puede pensar en el alma.... Vive para aquella parte del mundo que tiene derecho a llamar *suya* según los contratos. Y frecuentemente ni tiempo tiene, ni fuerza, ni gana de disfrutarla... Su potencia de amor es presa de esa porción de materia que lo gobierna.

La horrible suerte del rico está en que, para estar sobre los demás, se ha convertido en esclavo de las cosas muertas; que para adquirir una parte —y una parte tan pequeña, al cabo!— ha perdido el todo.

Papini: *Historia de Cristo*



Plinio Salgado en su “Vida de Jesús” imagina el diálogo entre el joven rico y Jesús..., muy ilusionante hasta que Cristo le propone que lo deje todo. Sigue así:

- Ve. Vende cuanto tienes; dáselo a los pobres y ven y sígueme.
- ... ¿Yo?
- Ven conmigo... Caminarás a lo largo de las veredas, de país en país... Tus vestidos tendrán, como los míos, el polvo rojo de los caminos. Comerás el pan que, por venir de limosna, tiene el sabor de la bondad...
- Sí... Es bello... ; pero... es tan difícil, Señor...
- Vivirás intensamente el instante que pasa; tu mañana será mayor, no en los reinos de la tierra, sino en el del cielo... Ve rico y vuelve pobre; he ahí todo...
- *(El mozo, la fisonomía demudada, el corazón palpitante, las palabras a borbotones)*: Maestro, tengo un palacio en la colina de Acra, que heredé de mis padres; allí los siervos me aman. Me habitué a dormir en un lecho de ébano y marfil... Poseo tazas de fina labor, en las cuales yo desearía ofrecerte, buen Maestro, los mejores vinos griegos y latinos.... *(Con entusiasmo)* ¿Sabes? Adquirí recientemente a los partos cuatro caballos soberbios, todos blancos, veloces como flechas, con los cuales pienso acudir a Cesárea conduciendo una cuadriga en el circo. ¡ Si vieses mis caballos!... Poseo viñas, rebaños, un palacio aquí mismo, en Betania, donde *Lázaro*, tu amigo, ha cenado en mi compañía. *(Implorante.)* Maestro, ¿comprendes lo que es todo esto? Quiero salvarme, quiero la vida eterna, un algo secreto me tortura, pero... *(vehemente)* ¡dime, Señor, todavía una vez más qué debo hacer!
- *(Jesús, inflexible, sereno)*: Ve, vende todo, dalo a los pobres, vuelve tú pobre y sígueme.
- Maestro...

- ¿Te vas?
- *(Las lágrimas a borbotones en los ojos)* Maestro, adiós...
- Adiós...

El joven va subiendo la pendiente con lentitud. Parece llevar a la espalda todo el peso del mundo. En la curva del camino se detiene; mira hacia atrás como quien se despide de una felicidad perdida. Sus pasos vacilan al divisar la figura del maestro. Recuerda sin embargo que a la tarde dará un banquete. En un estremecimiento se decide. Y, con rápidos pasos, casi corriendo, desaparece en dirección a Jerusalén.

Plinio Salgado en su *“Vida de Jesús”*